

Administrando la abundancia

Una reflexión entre el optimismo y el pesimismo, a modo de preámbulo. Los peruanos —especialmente, los nacidos en los años siguientes a la II Guerra Mundial— pocas veces hemos podido contemplar un escenario económico tan promisorio como el actual: crece, en efecto, nuestra economía, a ritmo sostenido desde hace 6 años; la inflación —nuestra bestia negra— parece bajo control a pesar de este crecimiento; disminuye la deuda externa como proporción del producto; florecen las empresas, crecen nuestras exportaciones y se expande el empleo.

Armando
Mendoza

Economista



Sin embargo, en medio del optimismo por la presente bonanza, agazapado entre la exultación de los sectores económicos, subsiste —vivo y coleando— el escepticismo y la sensación de que este auge ya tiene puesta una fecha límite. Grandes y pequeños empresarios, financistas, trabajadores y empleados, amas de casa, jubilados —los economistas no nos salvamos— muchos, sino todos, llevamos en nuestra cabeza esa pregunta que pocos expresan en voz alta: ¿Y esto hasta cuando? ¿Cuánto falta para que alguien o algo la malogre y la economía peruana —por enésima vez— se hunda en una crisis?

¿Cómo explicar este pesimismo soportado que llevamos colectivamente? Quizás la explicación sea que en el pasado ya hemos tenido periodos en que la economía tomo vuelo, para después terminar estrellándose. ¿Se hicieron descreídos y propensos al pesimismo, por esta razón, todas las generaciones que tuvieron la

triste suerte de nacer justo cuando llegó a su fin el ciclo largo de prosperidad que arrancó al finalizar los años 30 y terminó en los años 60s? Puede ser: sería entonces natural esperar esta reacción de escepticismo, especialmente en aquellos que terminaron por acostumbrarse y tomar como normales las coyunturas de extrema incertidumbre.

Así, hoy, llenos de sospechas, nos preguntamos, ¿No le falta algo a este escenario donde incluso parece una mera trivialidad la incompetencia y frivolidad que demuestran nuestros políticos más destacados? ¿No hay algo que olvidamos, que terminará por arruinar, como sucedió tantas veces en el pasado, la fiesta del auge económico que estamos disfrutando?

Dicen, sin embargo, los peruanos más jóvenes y probablemente menos desconfiados —quizás con razón— que tal vez la cuestión fundamental no es la búsqueda del suceso que arruine la fiesta sino evaluar cuan prolongada puede ser, si es sostenible o no, y si al final de la fiesta el país se levantará renovado o con resaca.

Lo cierto es, que para el corto y mediano plazo, la sostenibilidad del actual auge económico parece prácticamente asegurada. Una y otra vez, las proyecciones y expectativas han resultado lar-

gamente superadas, e incluso, aunque para este 2007 se está considerando una leve desaceleración económica —tanto a nivel del Perú como del mundo— aún hay impulso para que los bueyes sigan tirando del la carreta, al menos por un trecho. Sin embargo, precisamente, porque estamos viviendo en una relativa bonanza, resulta más necesario que nunca, considerar cuáles son los motores de dicho fenómeno, y, asimismo, conjeturar lo que pasaría si dicha bonanza termina, evaluando lo que sería un retorno a los niveles de actividad e ingreso de pocos años atrás.

Esto obliga a reconocer que mucho del actual auge se explica por un factor fundamentalmente coyuntural: la considerable mejora que han experimentado nuestros términos de intercambio en los últimos años. El hecho de que los precios de nuestras exportaciones se han incrementado a un ritmo superior a los precios de nuestras importaciones, explica —guste o no— mucha de nuestra bonanza. Y justamente, lo más resaltante —y preocupante— de este fenómeno, es su carácter fundamentalmente exógeno, externo, pues resulta virtualmente imposible para la economía peruana influir de manera sustancial en el comportamiento de nuestros términos de intercambio. Somos un país con una economía pequeña y abierta, tomadora de precios internacionales, lo que nos condena a vivir en permanente dependencia: cuando los precios internacionales nos son favorables, todo va bien; cuando nos son desfavorables... bueno, hora de ajustarnos los cinturones y confiar que la turbulencia pase pronto.

¿Alguna idea sobre la dimensión del impacto de la evolución favorable/desfavorable de nuestros términos de intercambio? Existen informes que dan cuenta del grado en que la buena marcha de algunos indicadores claves —como los ingresos fiscales o la balanza comercial— depende de contar con precios internacionales favorables. Así, el Banco Central de Reserva ha estimado que el efecto del incremento del precio de nuestras exportaciones no es nada desdeñable, pues al simular cual habría sido el déficit fiscal en el año 2006,

Cuando los precios internacionales no son favorables, todo va bien; cuando nos son desfavorables... bueno...



cercano al 7% para el 2007 –nada despreciable- está claro de que aun hay margen para operar, para emprender reformas de fondo y cambios estructurales que nos permitan un aterrizaje suave, y un despertar sin resacas tras la fiesta. Si la capacidad técnica y la voluntad política del Gobierno dan para eso, es algo que esta por verse.

Paradójicamente, en este contexto, se podría alegar que resulta una ventaja la insuficiente capacidad y lentitud del Estado Peruano para adaptarse al masivo incremento en los ingresos generados por el auge económico. En una amarga ironía, la displicencia de algunos sectores del Estado para absorber adecuadamente este flujo de recursos adicionales, para ampliar rápida y eficientemente sus servicios y su influencia –tal como ha quedado evidenciado por los regulares resultados, hasta ahora, del “shock de inversiones”- podría resultar siendo una especie de perverso mecanismo autorregulador, de carácter contracíclico –aplicando el freno a la economía para que no se desbarranque en épocas de expansión- que nos obligaría a un ahorro forzoso y a una acumulación de recursos y reservas para el futuro.

El gran problema con este esquema, es como conciliarlo con las enormes demandas sociales que existen, las que poco saben de cuestiones de equilibrio fiscal, de prudencia en el gasto, de administración conservadora y practicas contracíclicas. En un país donde la evidencia indica que 6 años de crecimiento sostenido no pudieron reducir de manera sustancial la pobreza –que aún afecta a la mitad de la población- los esfuerzos para evitar que la marcha de la economía se desboque, aplicando políticas conservadoras en el gasto fiscal –especialmente en el gasto dedicado a rubros sociales y el gasto de inversión- tiene que ser sopesado con la necesidad de ampliar y mejorar la atención del Estado a extensos sectores de la población, que durante demasiado tiempo han esperado que su situación mejore y se haga realidad esa famosa “Teoría del chorreo”, que hoy en día ya no se menciona mucho, quizás porque incluso sus más abnegados defensores han mudado piel.

Como construir y mantener una política económica con visión de largo plazo, que no sacrifique el presente por un futuro idealizado e incierto, que mantenga un autentico rostro humano, lejos de obsesiones tecnocráticas, que sepa como aprovechar la presente bonanza invirtiendo allí donde sea necesario, sin confundir prudencia con mezquindad, ese es el gran dilema que aún no resolvemos. **ae**

Necesitamos políticas de Estado que nos aseguren crecimiento y estabilidad en los buenos y en los malos años.

de haberse mantenido vigentes los precios de exportaciones registrados en el año 2003, se encuentra que el déficit fiscal habría sido mayor en un 1.2% del PBI. En otras palabras, la mejora de los precios de intercambio del año 2003 al año 2006, significó que en este ultimo año el estado pudo captar S/. 3,600 millones de soles (1.2% del PBI) en ingresos adicionales.

Es por lo anterior, que en estos momentos de optimismo y celebración, no debemos olvidar lo sensible que es nuestro bienestar económico a factores externos y que aún está pendiente la tarea de administrar/reducir dicha dependencia, asumiendo reformas estructurales que permitan al Perú un proceso de crecimiento constante y sostenible. Y es en la actual coyuntura, que –sin ánimos de aguar la fiesta- resulta responsable reconocer que el favorable contexto que hemos disfrutado hasta ahora, empieza a cambiar. No olvidemos que la proyección de crecimiento de la economía global para el 2007 está estimado por el BCR en 3.9%, cifra sensiblemente menor al 4.6% del 2006. Y más importante aún, es no olvidar que varios de los principales socios comerciales del Perú –como los Estados

Unidos y China- ya están experimentando la desaceleración de sus economías durante el presente año

De la misma forma, es necesario considerar que la espectacular mejora en nuestros términos de intercambio –que en el 2006 varió positivamente en nada menos que un 26%- ya alcanzó su cúspide, habiendo entrado, aparentemente, a una fase de corrección, pues se espera que para este año, se registre una evolución negativa de –3.7% en dichos términos. En otras palabras, la relación de precios entre lo que exportamos y lo que importamos va a moverse en contra nuestra. Compraremos más caro y venderemos más barato al mundo, con lo que el superávit de nuestra balanza comercial se reducirá en casi U\$S 1,600 millones de dólares.

Esta situación exige, entonces, poner las cosas en perspectiva y empezar a establecer lineamientos de política económica que permitan que sigamos disfrutando de algún grado de crecimiento y estabilidad incluso en las épocas de vacas flacas, que más temprano que tarde vendrán. En ese sentido, considerando que se espera que el PBI experimente un crecimiento